EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10984

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 17 DE JUNIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡QUÉ ASCO!

Todo conspira para acabar con nuestro dominio en el importante archipiélago que Legazpi conquistó y puso bajo el poder de España.

Política encaminada por equivocados derroteros; administración que todos los partidos han considerado deficiente sin que ninguno de ellos acertara con el remedio cuando ocupando el poder han estado en condiciones de buscarlo; debilidades que nos salen al rostro enrogeciéndolo de vergüenza, al vernos engañados por un quidam cuya alma innoble la consideramos en mal hora dotada de sentimientos generosos; imprevisiones funestísimas que nos han entregado inermes en poder de enemigo de ventaja que no repara en los medios, por reprobables que sean, para llegar al fin propuesto; egoismos de la Europa culta que presencia impasible la tragedia sin que el reproche salga á sus labios al ver atropellada la fuerza del derecho por el brutal derecho de la fuerza; todo, todo se conjura contra nosotros en aquella nuestra colonia del Oriente, hacia la cual acuden las escuadras de las grandes potencias con la presteza que acuden las aves de rapiña al olor de la carne muerta.

Allí, en la capital del hermoso archipiélago filipino, se libra un duelo mortal entre el pobre hidalgo manchego á quien diera vida Cervantes y el hipócrita mercachifle para quien la honra no es nada sino es cuestión de negocio. Lucha el primero con el valor de los héroes, á pecho descubierto, cara á cara, rebosante el corazón de patriotismo. Lucha el segundo..... en la sombra, donde no llegan la punta del acero ni las balas del contrario. Escudado en su mala fé, alióse con la traición y confió á ésta el cuidado de combatir como la traición combate, por la espalda; y al caer el golpe asesino sobre las espaldas del pobre hidalgo y volverse éste para repeler agresión tan refinadamente villana, tornóse el rufianesco y aborrecido mercader de actor en espectador de la tragedia.

Si en la vida social ocurriera un caso semejante, el autor de tal hazaña sería barrido á puntapiés por todos los hombres de honor; pero se trata de naciones y éstas no atienden mas que á su egoismo ni obedecen otra ley que la de la propia conveniencia.

El pobre Don Quijote, que todavía siente los estímulos de esa tontería que se llama honor y se sacrifica por él, lucha á la desesperada contra hordas de salvajes; y mientras los representantes de la culta Europa asisten llenos de asombro á la atroz pelea que sostienen la civilización y el salvajismo, el infame Dewey presencia el combate calculando tal vez la economía que le reporta ser espectador en la contienda.

La hidalguía completará su sacrificio; el ejército de la nación caballeresca, falto de subsistencias que le dén alientos y de municiones para combatir, agotará sus fuerzas en la cruenta lucha, y tal vez se declare vencido cuando las energías lo abandonen. Entonces izará su bandera en el palacio de Malacañang el comodoro americano. Pero al flotar al viento en tal sitio el maldecido pabellón, pregonará solamente el triunfo de la traición y la deshonra de Dewey.

Los españoles vencidos en Manila ganarán la inmortalidad concedida á los héroes.

Los americanos quedarán cubiertos de oprobio.

———

ORGÍA

¡Bello es vivir!... Bebamos, apuremos
el néctar de la copa acristalada
que á la luz fulgurante centellea
dorados cambiantes de escarlata.
Embriaguémonos más... más todavía...
Podemos beber más, prenda adorada,
si aun vibra el sentimiento, no te im-
porta;
ahogado por ardientes oleadas
de licor espumoso y encendido
pronto perecerá, y entonces nada
la orgía turbará de nuestros cuerpos;
la materia, del freno libertada,
sola palpitará, y el débil átomo
que acaso de pureza nos restara
lo arrojaremos á la par que el vino
en corrupta y espesa bocanada;
después, extremecida nuestra carne
á impulsos de nerviosa carcajada,
rodará por la alfombra como escoria
viva de una existencia relajada...

. . . . . .

Y luego, cuando todo haya cesado,
cuando rendida ya y aletargada,
en informe montón repose inmóvil
la impureza en el fondo de la estancia:
á través del ambiente corrompido,
de la embriaguez sintiendo la nostalgia
¡quién sabe si cruzando las vidrieras
volarán al espacio nuestras almas
y confundidas en estrecho abrazo,
sobre el velo impalpable de la nada,
celebrarán también extraña orgía
y bailarán también extraña danza!..

CARLOS PALACIOS.

GLORIAS NACIONALES

Sorpresa de San Feliú de Guisols.

17 de Junio de 1658.

Teniendo D. Juan de Austria sitiada á Barcelona—en la guerra provocada por los atropellos de la soldadesca extranjera y los vejámenes conque el soberbio y despótico conde-duque de Olivares ultrajaba á los catalanes,—creyó conveniente el desarrollo de sus planes, ó sea al aceleramiento de la rendición de la ciudad de los condes destruir los almacenes de víveres que el enemigo tenía en San Feliú de Guisols.

Por no poder distraer muchas tropas con tal objeto y por estar dicha villa muy bien fortificada, D. Juan de Austria se propuso realizar su proyecto por medio de una sorpresa. No quiso confiar á nadie la dirección del hecho que pretendía realizar, y con el sigilo lógico, se puso en marcha al frente del tercio de Lisboa (hoy Zaragoza).

Hecha pedazos con un petardo la puerta por donde querían entrar, penetraron en San Feliú sin que nadie les molestara, y se dirigieron á incendiar los almacenes.

Cuando la mayor parte de ellos se hallaban envueltos por las llamas vinieron sobre la gente del de Austria los soldados que guarnecían la villa, quienes, vueltos de su sorpresa y apercibidos de lo que ocurría, empeñaron reñida y encarnizada lucha.

Mas todo fué inútil; habían acudido tarde, y por esto D. Juan de Austria pudo llevar á cabo sosegadamente su atrevido plan.

Por no convenirle prolongar la pelea, teniendo siempre á raya al enemigo, se retiró y con muy escasas pérdidas regresó á su campamento de Barcelona.

Mateo Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

EL BANCO Y LOS CAMBIOS

(De nuestro servicio especial)

Desde 1891 en que empezaron á elevarse los cambios, unos los atribuyeron entonces, á que se habían comprado muchos cientos de millones de pesetas de Deuda exterior; otros, á la ley del Banco y á que este establecimiento tenía pocas reservas; estos, á que el Gobierno no acuñaba oro y sí plata; aquellos, al déficit del presupuesto del Estado; esotros, al agio del oro por la banca judía y no judía; los de más allá á los bolsistas y á la Bolsa y á los partidos políticos que turnaban en el poder; en fin, que ha habido más pareceres sobre la causa de los cambios y medio de hacerlos desaparecer, que lenguas resultaron entre los babilonios que trataron de construir la famosa Torre

Todos los que hayan leido nuestros artículos saben como pensamos en esta materia, porque aun cuando hemos tratado en artículos y folletos todos los extremos que comprende la complicada y grave cuestión económica, de nada hemos escrito tanto, ni con más extensión que de los cambios.

Y hablando sobre ellos siempre hemos dicho que la mayoría de los que se han ocupado de esta materia han tomado el efecto por la causa, y así como no se pueden explicar las propiedades de los cuerpos de la Naturaleza sin reconocer la primera causa de ellas, que es Dios, así no se puede explicar la causa de los cambios sin reconocer la única y principal que los produce, que no es otra que el desnivel internacional, ó sea que, las letras que giran los extrangeros por diferentes conceptos á cargo de los españoles en un año importan, por ejemplo, 1000 millones de pesetas y las que giran los españoles á cargo de los extrangeros en igual tiempo, 700 millones, solamente.

El Círculo Mercantil, el Fomento de la Producción de Barcelona y otras sociedades y parte de la Prensa, han pedido como medio de hacer bajar los cambios que el Banco aumente las reservas en oro y las Córtes, al conceder á ese establecimiento autorización para que la circulación de billetes pueda llegar hasta la cifra de 2.500 millones de pesetas, le han exigido que tenga como reservas metálicas, 250 millones de pesetas, desde 1.500 á 2.000 millones de circulación y 333.333.333 pesetas y 33 céntimos desde 2.000 á 2.500 millones de billetes.

Si el Banco llegara, cosa que es poco menos que imposible, á poner, en más ó menos tiempo, las reservas que en oro y plata se le piden, y á lanzar á la circulación 2.500 millones de pesetas de papel moneda, los cambios, con toda seguridad, llegarían á 200 por 100, no por la mucha circulación de billetes, sinó por el desequilibrio internacional producido por la compra de aquellas reservas en el extrangero.

Combatiendo á los que hace cuatro años pedían en el Círculo Mercantil, como medio de hacer bajar los cambios, que el Banco ó el Gobierno compraran oro para acuñar, les decíamos: ¿Y qué vamos á dar para adquirir ese oro? ¿Billetes? Pues no daríamos nada; porque el billete para los extrangeros solo es una promesa de cambio; solo es una

—Es que yo no lo soy...

—¿Entonces porqué os estábais disfrazando? Pero aca bemos. Traed el San Benito.

Dos ó tres ministriles se arrojaron rapidamente sobre el marqués y lo sujetaron por detrás. El pobre cayó de espaldas y principió á gritar; á protestar á la faz del cielo y de la tierra que él no era el conde de Santisteban, y á patalear como un desesperado.

Esta lucha duró un cuarto de hora: entonces sus fuerzas se rindieron y le pusieron el fatídico San-Benito.

—¡Esta es la túnica de los condenados! exclamó lleno de horror queriendo romper las esposas que le habian puesto en las manos.

—Ya os he dicho que os espera la hoguera, contestó el comisario con frialdad.

Era la segunda vez que oía tan tremenda palabra. Se resignó á sufrir hasta llegar á la corte, donde esperaba deshacer la equivocación en que habian incurrido los enviados del Santo Oficio; pero que el desgraciado ignoraba que el conde estaba juzgado y sentenciado, y que sería probable que lo matasen sin sustanciación de ninguna especie.

vimos con vuestro uniforme de capitán de guardias, y ahora os encontramos trasformado en el más respetable palurdo de estas cercanias.

—Soy perdido, murmuró para sí el marqués no sabiendo qué contestar.

—A ver, continuó el comisario; señor notario, tomad fé del equipaje que hay en ese rincón.

Los dos notarios se apresuraron á obedecer, y al cabo de algunos minutos de inspección convinieron que todo pertenecía al conde de Santisteban.

—La autenticidad de la persona está marcada, contestó solemnemente el jefe...

—Pero señores, dijo por último Villouraz viendo que lo confundían con su amigo. Os advierto que mi persona es inviolable, que soy embajador secreto de S. M. el rey, que regreso de una misión secreta, y....

—No os canseis, caballero; esas escusas son estemporáneas... Si ayer os escapásteis de la hoguera, mañana ó pasado no os escaparais de ella.

—Pues qué ¡me vais á quemar! exclamó el pobre marqués sudando por todos los poros de su cuerpo. Eso que me decís es incomprensible.

—Para mí es muy claro, señor conde de Santisban.

sacaba en claro de aquella baraunda de sucesos, era que la Inquisicion perseguia al conde de Santisteban por raptor; que su esposa estaba comprometida en el negocio, y que el Santo Oficio no guardaba consideraciones, no solamente á toda una marquesa, esposa de un embajador, sino á la misma reina en caso de que ésta apareciese culpable en cualquier delito. Complicada Margarita en el rapto, no era fácil sacarla de las garras de hierro que la amenazaban; pero ¡ay! el infeliz no sabia la verdadera causa de aquella persecución, y marchaba sobre principios falsos á fundar unas conjeturas que si bien serian positivas, eran más terribles en su fondo.

Hechas estas rápidas consideraciones, una nueva idea vino á herirle con la fuerza del rayo. ¿No seria probable que los ministriles y enviados de la Inquisición, gente ciega y brutal, al verlo ataviado con el brillante uniforme de guardia de Santisteban, lo tomasen por él y tuviese que pagar culpas que no habia tenido? Todo era muy probable. La gravedad del negocio le hizo espeluznar, pues el digno marqués temía al Santo Oficio como el diablo á la cruz Era preciso por lo tanto tomar una determinación.

Villouras principió á vagar en la estancia como si estuviese perseguido por un fantasma; los fugitivos